

Reagan y el mundo

DEMETRIO BOERSNER

En febrero de 1982 Ronald Reagan cumplirá un año en el ejercicio del máximo liderazgo de los Estados Unidos y del mundo occidental. Tanto en su política interna como en la exterior, el presidente norteamericano se esforzó por poner en práctica de la manera más cabal su programa electoral de 1980. Fue un año de conservadorismo extremo y agresivo en la política de Estados Unidos.

En los primeros días de 1982, el mundo se pregunta si esa tendencia fuertemente derechista continuará manifestándose con la misma intensidad, con posibles efectos peligrosos para la paz mundial, o si, por el contrario, están surgiendo factores nuevos que obligarán a Ronald Reagan a moderar su actuación.

¿QUE REPRESENTA REAGAN?

Reagan debió su elección a la reacción de la opinión pública norteamericana contra una política liberal que había resultado en situaciones humillantes para el sentimiento nacional de ese pueblo. Igualmente la debió al apoyo de un complejo industrial-militar inquieto por la crisis económica y por el debilitamiento, real o aparente, de su posición hegemónica dentro del sistema internacional.

Si desde 1965 el repudio de los norteamericanos a la guerra de Vietnam y a una política imperial e intervencionista había resultado en la adopción de conductas oficiales favorables a la distensión y al equilibrio internacional —conducta llevada a su expresión más clara por Carter, quien por el reformismo y la consigna de los derechos humanos trató de desarmar al tercer mundo y ganar su confianza—, en cambio la experiencia de la estanflación supuestamente "causada" por una OPEP "abusadora", y sobre todo la captura de rehenes por el ayatola Jomeini, provocaron un contraraje hacia la derecha y una política exterior agresiva y prepotente.

POLITICA INTERNA ANTISINDICAL Y ANTI-POBRES

La "reaganomics" o "economía política reaganiana" se basa en el tipo más extremo de neoliberalismo económico, tal como lo pregonan los vulgarizadores de esa doctrina, y particularmente hombres como Milton Friedman de la Universidad de Chicago. Los asesores de Reagan son representantes de la llamada "economía de oferta" (supply-side economics) para la cual todo depende de la oferta de productos y de dinero en conformidad con las fuerzas del mercado. Constituyen la antítesis de las escuelas social-dirigistas y socialdemócratas basadas en Keynes y hoy representadas en forma moderada por Samuelson y en versión más radical por Galbraith, para las cuales lo esencial es la creación de una demanda en expansión, mediante proyectos de redistribución del ingreso que incrementen el poder de consumo de las masas. Para los "reaganomistas", es esencial reducir el gasto público y la intervención del estado, enfatizar la libre competencia y con-

fiar en la libre empresa como motor fundamental del sistema. Dentro de ese orden de ideas, deben reducirse los impuestos sobre los altos ingresos y disminuirse asimismo los servicios sociales destinados a los más pobres. En las pugnas entre el capital y el trabajo, se favorece al primero, considerado como factor básico y líder en la marcha de la economía.

El movimiento sindical norteamericano, ya debilitado por la estanflación y por la gradual disminución del número de trabajadores manuales del tipo tradicional, y dividido además en grupos y corrientes encontradas, en su mayoría votó contra Reagan por la reelección de Carter, pero una fuerte minoría de los sindicatos se pronunciaron en favor del candidato republicano. El nuevo presidente se mostró poco agradecido por ese respaldo: Su brutal política represiva contra los controladores aéreos (que mayoritariamente habían votado por él) indicó cuál sería la tendencia futura de su gobierno. Posteriormente, se produjo la reducción igualmente brutal de las asignaciones presupuestarias para educación, salud pública y seguridad social, junto con la simultánea elevación de los gastos militares.

El resultado fue uno que tal vez Reagan no había pensado: El dividido movimiento sindical norteamericano se unificó como no lo había estado desde hace largo tiempo. Estableció vínculos —y esto es algo nuevo— con diversas corrientes de protesta y lucha social: movimientos por los derechos civiles de minorías étnicas, sexuales y de opinión, grupos de opinión pacifistas, ecologistas, etc. La gigantista manifestación que unió a todos esos movimientos, bajo la jefatura de la dirección sindical, frente a la Casa Blanca el 19 de septiembre de 1981, demostró que la administración Reagan está polarizando a los norteamericanos y que, por su carácter reaccionario, tiende a estimular y unificar en su contra a las fuerzas populares.

Los asesores de Reagan opinan que la "tercera guerra mundial comenzó hace tiempo", y que las relaciones con el mundo comunista no pueden lle-

Una víctima de la "reaganomía" anti-pobres



REAGAN FRENTE AL BLOQUE COMUNISTA

REAGAN FRENTE AL BLOQUE COMUNISTA

Los asesores de Reagan opinan que la "tercera guerra mundial comenzó hace tiempo", y que las relaciones con el mundo comunista no pueden lle-

gar a una situación de distensión verdadera, sino que lo deseable es crear un férreo sistema de contención basada en la superioridad del poderío occidental.

Al mismo tiempo, consideran que la pugna este-oeste es omnipresente y excluyente. El tercer mundo, según ellos, no posee ninguna verdadera voluntad propia, sino constituye un mero campo de batalla entre Moscú y el Occidente.

Según la percepción reaganiana, el bloque comunista posee una gran homogeneidad y es dirigido por los hombres del Kremlin con enorme previsión y astucia. En materia de armamentos, no sólo convencionales sino también nucleares tácticos, el bloque soviético disfrutará de una neta superioridad, que debería ser igualada por el Occidente, antes de reanudar conversaciones de limitación de armamentos. En general, la visión que el gobierno de Reagan tiene del bloque comunista es ligeramente paranoica o por lo menos impregnada de un sentimiento de inferioridad: en materia armamentista como también en una creciente penetración en el Tercer Mundo, los rusos son vistos como ofensivos y triunfantes.

La propia URSS parece percibir su realidad en términos muy distintos. Los altos mandatarios del Kremlin viven agobiados por difíciles problemas económicos y sociales internos, por actitudes de rebeldía y de secesión nacionalista en el seno de su Estado y de su bloque, enfrentados a serias deficiencias agrícolas y tecnológicas, golpeados por derrotas sufridas en el tercer mundo (ayer Egipto, hoy Irak, con Etiopía mostrando fuertes impulsos "titoístas"). Se sienten cercados por un Occidente que domina los mares y tiene a la masa continental surásica rodeada de bases navales y militares, virtualmente en alianza con la inmensa e impresionante China, en cuya frontera se encuentran instalados e inmovilizados cerca de un millón de soldados soviéticos. China y el Islam influyen sobre elementos descontentos de Asia central soviética. En caso de guerra convencional, Rusia tendría enormes dificultades de comunicación y de logística: los océanos separan en vez de unir a sus distritos navales, ya que carecen de bases y de puertos amigos.

El experto francés en estudios estratégicos, Dabezies, nos explica que, en vista de las circunstancias negativas arriba mencionadas, toda superioridad numérica del armamento soviético queda más que anulada y el Occidente conserva una superioridad neta y real tomando en cuenta todos los factores estratégicos

y no tan sólo el número de instrumentos de destrucción.

En su intenso afán de ganar la "paridad" militar con los soviéticos, Reagan está trabajando mano en mano con la gran industria armamentista y con el mundo de los intereses económicos en general. El aumento de los gastos de defensa sigue siendo el remedio maestro, contra la recesión y, consciente o inconscientemente, las empresas saludan la línea "dura" contra Rusia como estímulo a la recuperación económica. Sin embargo, aquellos sectores de la economía que están poco vinculados a la defensa nacional y que tienen clientes comunistas o buscan la participación en proyectos de desarrollo en países del bloque soviético, no comparten los intereses mencionados. Sería erróneo pensar que el capitalismo norteamericano como un solo bloque homogéneo estaría en favor de una política de "halcones".

Son sobre todo los países europeos occidentales y el Japón, los que se oponen a la línea dura de Reagan hacia la URSS. Sobre todo el hecho de que el gobierno norteamericano haya declarado en varias oportunidades, que contempla la posibilidad de una guerra nuclear limitada (que se daría en territorio europeo y asiático), ha causado consternación en Europa y el Japón. A medida que avanzaba el año 1981, más y más los europeos occidentales —sobre todo los alemanes— realizaron gigantescas e iracundas manifestaciones contra la política dura de los norteamericanos, exigiendo que se iniciaran conversaciones

sobre armas nucleares tácticas antes de instalar los nuevos misiles en el viejo mundo.

Por último, Europa occidental ha rechazado la iniciativa de Reagan de tomar represalias contra la URSS y contra el gobierno polaco, por las medidas represivas que este último adoptó en diciembre contra el movimiento sindical de su país. Europa occidental depende en gran medida del mercado comunista y necesitará el petróleo y el gas natural de Siberia. Además sabe lo que es una guerra en territorio propio y no quiere repetir la experiencia.

Así como los sectores laborales y populares de la propia población norteamericana tienden a alejarse de Reagan, han comenzado a tornarse en su contra sus aliados europeos.

REAGAN Y EL TERCER MUNDO

Como ya lo señalamos más arriba, el presidente Reagan y sus asesores y ayudantes no creen que el tercer mundo constituya una entidad autónoma dentro del sistema internacional. Considera todo planteamiento de un nuevo orden económico internacional como mera "retórica" y pregona el pragmatismo. Sobre todo, estima que toda "ayuda" al tercer mundo debe estar vinculada directamente a objetivos norteamericanos de seguridad y defensa.

Conforme a su creencia en la homogeneidad del bloque comunista, todo régimen radical o izquierdista del tercer mundo debe ser aislado y posiblemente desestabilizado, no existiendo la posibi-

Víctimas de la "reaganmanía" anti-comunista



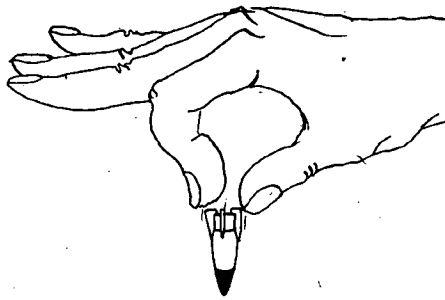
lidad (postulada por los liberales de "corazón sangrante") de neutralizar la influencia soviética y atraer a tales regímenes por la vía gradual y pacífica.

Como lo señalan recientes estudios del CIDE, el gobierno de Reagan no sólo busca combatir la influencia comunista y socialista en el tercer mundo, sino también aspira a crear nuevos campos de acción para la empresa privada norteamericana, considerada como motor primordial del desarrollo económico. Los países del tercer mundo y sobre todo de América Latina deben ser llevados a definirse como "amigos" de los Estados Unidos (abiertos a la empresa privada y opuestos a todo socialismo), o como "enemigos" (que serán objeto de amenazas militares y de represalias económicas encaminadas a asfixiar sus proyectos de desarrollo dirigidos por el poder estatal socializante).

En la reunión de Cancún efectuada en el mes de octubre de 1981, Reagan expresó en forma dogmática su rechazo a la búsqueda de cambios estructurales globales en el orden de las relaciones norte-sur, y manifestó su fe en la libre empresa como factor principal de "ayuda" para el desarrollo del mundo periférico. Como innovaciones de cierta importancia sólo aceptó: un aumento de la asistencia en alimentos (que por cierto beneficia a la clase media rural y al comercio en productos agropecuarios de Estados Unidos), el principio de una mayor flexibilidad para otorgar créditos a algunos países del tercer mundo, y la conveniencia, en principio, de rebajar las barreras aduaneras erigidas por los países del norte contra la importación de productos del sur.

Conjuntamente con la expresión de esos principios bastante conservadores en materia de relaciones norte-sur, Reagan ha tratado de convertir a Jamaica en ejemplo de desarrollo por la vía de la libre empresa. Al "fracaso" del gobierno socialista democrático de Manley (derrotado en gran medida por el cerco y el sabotaje económicos impuestos por Norteamérica), debía seguirle una triunfal recuperación bajo el gobierno de Edward Seaga, paladín del capitalismo sin trabas. A tal efecto, el presidente norteamericano pidió a David Rockefeller que encabezara un bloque de 22 institutos financieros para invertir en Jamaica.

Sin embargo, hasta ahora los resultados jamaquinos han sido decepcionantes, y en la competencia entre dos modelos para el tercer mundo ("Tanzania vs. Jamaica"), el dirigista y socializan-



te luce más convincente, pues logra avances que por modestos que sean, tienen carácter autónomo y benefician en forma relativamente justa a las masas populares, mientras el modelo económico-liberal tiene el efecto de incrementar la dependencia ante factores externos, a la vez que acentúa la concentración de la riqueza en pocas manos y no resuelve el problema del desempleo.

REAGAN Y LATINOAMERICA

El gobierno del presidente Reagan aplicó a la América Latina todos sus criterios sobre la relación económica norte-sur, y además mantuvo una constante política de amenazas y de represalias contra los regímenes de Cuba, Nicaragua y Granada. Fue aumentando paulatinamente el número de asesores militares en El Salvador, dando pasos hacia la "vietnamización" de ese país. En esa política esencialmente basada en el anti-socialismo, Reagan pudo contar con la valiosa "coincidencia" de Venezuela, país democrático que sigue disfrutando de cierto prestigio entre los pueblos del mundo y cuyo apoyo vale más que el de las dictaduras.

México fue el país latinoamericano que, frente a Reagan, defendió el otro punto de vista: el del origen autóctono y el carácter nacionalista de las revoluciones nicaragüense y granadina, y de la necesidad de convivir pacíficamente con esas nuevas realidades. Como corolario de esa idea, el problema salvadoreño debería solucionarse por la vía de negociaciones. Cuba, gobernada por comunistas que tienen un historial nacional-revolucionario latinoamericano y han dado indicaciones del anhelo de seguir una vía propia, con autonomía

frente a Rusia, debería ser tratado en forma tolerante, con base en el concepto de pluralismo ideológico.

Reagan escucha con respeto a López Portillo, pues no puede desconocer la gran importancia que presenta México para los Estados Unidos, pero no acepta sus consejos u opiniones. Invitó a México, Canadá y Venezuela a cooperar con los Estados Unidos en el "mini-plan Marshall para el Caribe" (acuerdo de Nassau), pero no fue posible lograr una verdadera acción multilateral: cada uno de los cuatro ayudará bilateralmente a sus amigos, e informará a los demás, manteniéndose un mecanismo de consultas ocasionales.

CONCLUSION: REAGAN TRÁTA DE UNIR, PERO DIVIDE

El afán fundamental del presidente Reagan ha sido el de unificar al mundo occidental bajo la dirección vigorosa de las élites norteamericanas, de reducir el área de influencia del bloque comunista y de reimplantar la hegemonía del Occidente sobre el tercer mundo.

En la práctica, sus esfuerzos resultaron agresivos y preocupantes, beneficiosos para las minorías dominantes norteamericanas y peligrosos o dañinos para otros sectores; de tal modo que en lugar de lograr su cometido unificador, causaron serios síntomas de división: en el seno de la propia sociedad estadounidense, en el de la alianza occidental, y en el del sistema interamericano.

La "Reaganomics" o economía reaganiana ha reducido ligeramente la inflación pero ha tendido a fortalecer los fenómenos recesivos y el desempleo. La reducción de los gastos sociales ha provocado la oposición y la hostilidad del movimiento sindical y de otras fuerzas populares.

La política dura de Reagan hacia el bloque comunista ha causado la honda preocupación y la discrepancia de sus aliados europeos, y amenaza con dividir el campo occidental.

La identificación que hace Reagan del desarrollo del tercer mundo con la causa de la libre empresa y del antisocialismo produce fisuras entre los Estados Unidos y aquellas fuerzas que, en los países subdesarrollados e inconformes, buscan una auténtica tercera vía, de economía mixta y no-alineamiento.

En las relaciones interamericanas, ello se manifestará sin duda en futuras fisuras entre países conservadores pro-norteamericanos, y pueblos movidos por anhelos de liberación nacional y de cambio social.